

AGENDA CIUDADANA

¿ANNUS HORRIBILIS?

Lorenzo Meyer

Todo Depende.- El secretario general de las Naciones Unidas, Kofi Annan, caracterizó al 2004 como *annus horribilis*. Desde la perspectiva del diplomático, el calificativo pareciera justo, pero desde el punto de vista de lo acontecido a México como colectividad nacional, el 2004, sin haber sido un buen año, tampoco resultó el peor de los tiempos posibles. En lo económico, el año que esta por concluir, fue mediocre pero mejor que los tres anteriores. En lo político, las tensiones al interior de la clase política aumentaron –y esa clase se alejó aún más del ciudadano promedio-- pero finalmente la sangre no llegó al río. Como sea, este 30 de diciembre es un buen momento para recapitular y reflexionar sobre eventos significativos del año que termina y anticipar algunos de sus efectos en el que esta por iniciarse.

El Gran Contexto.- Desde luego, la política de Estados Unidos en su calidad de única superpotencia, fue la que marcó el compás de la marcha de los acontecimientos en el entorno mundial. La reelección de George W. Bush como presidente para el cuatrienio 2005-2009, reafirmó el rumbo de esa potencia cuya prioridad formal es la guerra contra el terrorismo pero la real es sobreponerse a la creciente resistencia de los insurgentes en Irak - ¿Vietnam en el desierto?--, instalar en ese país un gobierno de su manufactura y seguir adelante con su proyecto de rehacer el mapa político del Medio Oriente, el gran depósito petrolero del mundo.

Para México, la reactivación de la economía norteamericana significó la posibilidad de reiniciar el crecimiento por la doble vía del aumento de las exportaciones y de las remesas de los trabajadores mexicanos –documentados e indocumentados— que quizá

llegaron ya a los 16 mil millones de dólares. Ahora bien, los observadores no están seguros de la solidez del actual crecimiento económico de Estados Unidos, por tanto tampoco podemos sentir muy seguro el crecimiento mexicano dependiente. La posibilidad de contar para nuestra economía con estímulos propios en el futuro inmediato, aparece hoy tan lejana como antes de negociar el Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN).

Hace ya tiempo que el TLCAN dio de sí todo lo que podía dar y México sigue perdiendo terreno frente a la competencia en mercados en los que es concurrente con China –especialmente en el norteamericano. Por otra parte, el presidente Bush abrió y cerró el año mencionando un proyecto migratorio que atañe a los mexicanos. Se trata de un acuerdo de trabajo temporal –contratos de tres años— para mano de obra justamente como la que ofrece México. La oferta del presidente norteamericano es una versión muy deslavada del acuerdo que el gobierno mexicano propuso --¿exigió?-- en el 2001, antes de que estallara la “Guerra contra el Terrorismo”. De todas formas, la propuesta de la Casa Blanca no es más que una mera posibilidad, cuya concreción depende de un congreso dominado por republicanos que no han mostrado interés ni simpatía por el tema. Si la posibilidad de regularizar a los millones de “sin papeles” que viven en Estados Unidos no se liga al tema de la seguridad de ese país, el 2005 será igual al 2004 en materia migratoria, es decir, el mayor costo y riesgo seguirá corriendo por cuenta de los trabajadores indocumentados, esos a los que el presidente Vicente Fox ha llamado “héroes” y el presidente Bush “personas buenas que sólo vienen aquí a trabajar”.

Dos Realidades.- El 2004 fue, en lo político, un año marcado por el inicio de la lucha abierta entre las fuerzas que van a competir por la presidencia en el 2006. En el viejo régimen autoritario, la verdadera disputa se daba dentro del PRI –único partido que podía triunfar--, y su líder natural –el presidente en turno— la posponía hasta el quinto año y, en

todo caso, la mantenía bajo control hasta el final. En el nuevo régimen, la situación es muy diferente. Por un lado, el tiempo se adelanta, al punto que el 2004 ya resultó el primer año electoral de cara al 2006. Por otro lado, la gran disputa se da dentro y entre los tres partidos mayores. Y como no hay ya quien controle el enfrentamiento, entonces la pugna tiene menos límites que en el pasado en cuanto a formas, medios e intensidad. Desde luego, la “incertidumbre democrática” es un hecho contundente al que hay que acostumbrarse.

Mientras el grueso de la energía de la llamada “clase política” se gasta en su disputa por el poder, el ciudadano promedio, y siempre según las encuestas de opinión, no muestra mayor entusiasmo o interés por ese aspecto de la cosa política y sí, en cambio, tiene una imagen cada vez mas mala de los responsables de ese proceso. Las esperanzas que pudo haber despertado el advenimiento tardío de la democracia en México, parecieran haberse trocado no sólo en desilusión sino en irritación ante la combinación de abuso de privilegios, incapacidad y mediocridad del conjunto de la clase política. En México domina ya la idea de que las dirigencias no le dan respuesta a los problemas del mexicano promedio: empleo, mejores salarios, seguridad social, una educación pública de calidad, lucha con resultados contra la corrupción pública, mejoría en la impartición de justicia, combate efectivo a una criminalidad creciente y al deterioro ambiental, entre otros.

Es verdad lo que asegura el discurso oficial: que la inflación sigue bajo control. Sin embargo, también es verdad que el poder de compra del salario no se ha recuperado, que la distribución del ingreso sigue siendo tan injusta como en el pasado y, lo que es más desalentador, que las perspectivas de que México abandone su lugar en el subdesarrollo para ascender a una categoría superior –como en su momento lo hizo España, por ejemplo-, aparecen tan lejanas como siempre. Es precisamente por el fracaso de la política que, pese a

su creciente dificultad, la migración indocumentada hacia los Estados Unidos sigue imbatible: el 10% de la mano de obra mexicana ya está fuera del país.

La distancia entre la ciudadanía y los “políticos profesionales” no es algo peculiar de México, el fenómeno se da prácticamente en todas las sociedades, pero en México esa distancia es creciente. Dirigentes y dirigidos viven en mundos muy distintos. De aumentar la actual irritación de los mexicanos con las evidentes imperfecciones de su joven democracia, la consolidación del nuevo régimen va a ser muy problemática.

El Gran Choque.- De todos los conflictos que protagonizó la clase política, el más espectacular fue el que se ha dado entre el gobierno federal y el gobierno de la Ciudad de México o, para personalizar, entre el presidente Vicente Fox y el jefe del gobierno capitalino, Andrés Manuel López Obrador. Ese choque hoy se enmarca formalmente en una petición de desafuero hecha por el gobierno federal al congreso para someter a juicio a López Obrador por un motivo en sí mismo intrascendente: no parar a tiempo la construcción de una calle para dar salida a un hospital privado en el sur de la ciudad. Sin embargo, el verdadero marco es, como ya se señaló, la elección del 2006. La pretensión de Fox y del PAN es mostrar a López Obrador como irrespetuoso de la ley y, por ello, impedirle legalmente que sea una opción en las urnas cuando llegue el momento.

El choque Fox-López Obrador es, a la vez, una disputa por la presidencia y una disputa por la orientación general de la política del Estado, en particular la económica y la social. Mientras el presidente desea que se preserve la continuidad de las políticas que arrancan en el sexenio de Miguel de la Madrid (1982-1988), y que continúan y se acentúan en los siguientes, incluido el actual, López Obrador propone cambios que, en principio, buscan una cierta redistribución de los beneficios a favor de los sectores menos afortunados y dar al Estado un papel un poco más relevante en la dirección de la política económica. Sin

embargo, el “proyecto de nación” de López Obrador se mantiene dentro del realismo y no se propone destruir la llamada “economía de mercado”, simplemente moderarla.

El empeño en acabar casi “a como de lugar” a López Obrador –el personaje político con mayor apoyo en las encuestas--, sólo puede explicarse por la inseguridad del presidente y la derecha, respecto al apoyo electoral que pueda tener en el 2006 su propuesta de continuar con el proyecto hoy dominante, uno que por 22 años ha cargado sobre las espaldas de la mayoría el costo de una “reconversión económica” que sigue sin producir resultados socialmente positivos.

El Talón de Aquiles de López Obrador no fue tanto la acusación de “populista” que le hace la derecha, sino su propio partido: el Partido de la Revolución Democrática (PRD). En el 2004, los adversarios del jefe de gobierno del Distrito Federal supieron y pudieron aprovechar esa debilidad de manera espectacular. Por la vía de la difusión de unos videos donde un empresario relativamente menor, Carlos Ahumada, apareció dando dinero a miembros de la cúpula perredista en el Distrito Federal y de otro que presentaba al secretario de finanzas capitalinos apostando en un casino de Las Vegas, los enemigos de López Obrador pusieron en duda uno de los pilares de su popularidad: su honestidad. Finalmente, Andrés Manuel López Obrador sobrevivió en el 2004 a la guerra sin cuartel que le han declarado una amplia gama de adversarios, pero no hay duda que lograron hacerle daño, un daño que difícilmente le asegurara al PAN su continuidad en el poder, pero que sin duda beneficia mucho al proyecto de la restauración del PRI.

El Dinosaurio.- Con un poco de suerte, el 2001 hubiera podido ser el año de la puntilla, del remate del PRI, como requisito para asegurar a la democracia recién nacida. Sin embargo, la decisión del foxismo de recuperar al PRI para que le ayudara a “cogobernar” –si el PAN cogobernó con Carlos Salinas ¿por qué no devolvería el PRI el

favor a Fox?--, dio por resultado una resurrección: el afianzamiento del PRI como primera minoría en el Congreso en 2003 y una serie impresionante de victorias electorales en los estados en el 2004. El año que concluye demostró que el partido más antiguo de México tiene y mantiene la mejor maquinaria electoral, y que si logra superar sus obvias divisiones internas, el partido al que el foxismo sacó de “Los Pinos” será, también, el partido que saque al foxismo de “Los Pinos”.

La gran pugna del 2004 fue la protagonizada por el gobierno federal y el gobierno del Distrito Federal, y en ella el PRI se mantuvo cómo espectador mientras sus enemigos se despedazaban. Sin embargo, al finalizar el año, el ex partido de Estado, dejó las gradas y se bajó a la arena. Fue en el proceso de revisión del presupuesto para el 2005 donde el PRI, con una cierta ayuda de lo que queda del PRD, decidió retar a quien alguna vez le invitó a cogobernar, y le enmendó la plana a Fox. En efecto, los diputados de oposición recortaron unas partidas y aumentaron otras. En realidad, la maniobra apenas modificó el 2% del gasto propuesto, pero eso no era lo relevante, lo importante es la pretensión del PRI de, por un lado, mostrar lo extremadamente conservador de la política panista, su abandono de tareas tan fundamentales como la construcción de infraestructura o a la ciencia y la tecnología; por el otro, la idea es mostrar que el PRI ya está empezando a gobernar: hoy lo hace desde el congreso y desde la mayoría de los gobiernos estatales, mañana lo hará desde una Presidencia de la República recuperada.

Se podría seguir con el recuento y análisis de lo acontecido en el 2004 –los esfuerzos de las “primeras damas” por suceder a sus esposos, la ruptura y reanudación de relaciones diplomáticas con Cuba, el surgimiento de un “candidato independiente”, la gran marcha contra la inseguridad en la Ciudad de México, la reforma del IMSS, el increíble acuerdo de la dirección de PEMEX con el sindicato por 1,500 millones de pesos, los linchamientos de

policías en Tlahuac, el asesinato de un miembro de la familia Salinas de Gortari y lo irresoluble de los asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez, etcétera— pero ya no hay espacio.

Y, pese a todo, México sobrevive. Y, pese a todo, hay la voluntad de hacer del futuro algo mejor que lo hecho con el pasado.